

PÉPLUM y WÉSTERN:

Un cine *spaghetti*

Ricardo Bedoya

El autor busca en sus vivencias películas que en determinada época produjeron una primera impresión que quedó casi intacta. Así, evoca la década de los sesenta, recordando, por un lado, las películas péplum y, por otro, algunos *spaghetti westerns*.





▶ *Cuatro dólares de venganza.*

scribir sobre algunas películas de culto. La tarea me causa varias resistencias. Tal vez porque supone la afiliación previa a alguna logia que haya adoptado ciertas películas por el mero hecho de parecer “raras”, “distintas” o alejadas del gusto “común”. O porque la etiqueta de “filme de culto” evoque las listas de “placeres filmicos culpables” que solicitan ciertas revistas *cool* de cine. A mí, ningún placer filmico me genera culpa.

Pero como el editor de *Ventana Indiscreta* se muestra insistente ante la inminencia del cierre, doy mi brazo a torcer y me pregunto por el sentido del término. “Culto” alude a la admiración extraordinaria que se tiene por algunos hechos, personajes u objetos. Como esas alturas teológicas de veneración escapan de mi alcance, limito la búsqueda a terrenos más acotados, reconocimientos más terrestres y tratos frecuentes. Los de Murnau, Rossellini, Hitchcock, Mizoguchi, Ray (Nicholas y Satyajit), Ford, Lubitsch, Von Stroheim, Preminger, Grémillon, Matarazzo, Renoir, Guitry, entre otros. Pero tratar de los clásicos es hablar de cultos compartidos y de lo que se trata aquí es de singularizar la elección. Los excluyo, entonces, así como a muchos cineastas de hoy o del ayer reciente, mejor dicho, de antier, como Rozier, Eustache, Monteiro o Pialat.

Quedan entonces las películas y no los autores. Es mejor así, porque son ellas las que plantean las cuestiones más interesantes en la vida consciente o inconsciente del cinéfilo. Y entre ellas destacan las que se vieron en alguna función de tarde hace muchos años marcando a fuego la memoria filmica. Esas son las que guardo como filmes de culto, tal vez porque –con pocas excepciones– no las he sometido a la prueba de la revisión. Las recuerdo ahora tal como me impresionaron entonces.

Pienso en *Hércules sin cadenas* (1959), *Ursus, el poderoso* (1961), *Hércules, Sansón y Ulises* (1963),

Hércules en el centro de la tierra (1961), *Hércules contra los mongoles* (1963), *La guerra de Troya* (1961), *Ulises contra Hércules* (1962), *El triunfo de Hércules* (1964), *Maciste en la tierra de los ciclopes* (1961), *La furia de Maciste* (1962), *Ursus, el gladiador rebelde* (1962), *Ursus en el valle de los leones* (1961), *Goliat contra los bárbaros* (1959), *David y Goliat* (1960), *La furia de Maciste* (1962), *Maciste en el infierno* (1960), y tantas otras.

Y en las que vi poco después: *Un dólar agujereado* (1965), *Adiós gringo* (1965), *Por un puñado de dólares* (1964), *Por unos dólares más* (1965),

Los héroes y semidioses del péplum estaban poseídos por una furia bruta, primitiva, destructiva y ajena a cualquier conflicto ético. Prefiguraban al Increíble Hulk encarnado por Mark Ruffalo en *Los vengadores* (2012).

Django (1966), *Django no perdona* (1966), *Ringo y el vengador de oro* (1966), *100,000 dólares para Ringo* (1965), *Cuatro dólares de venganza* (1968), *Lo bueno, lo malo y lo feo* (1966), *Ringo no perdona* (1965), *El gran silencio* (1969), *Cara a cara* (1976), *Dios los cría y Ringo los mata* (1969), *La balada de Johnny Ringo* (1966), entre otras.

Las primeras, de forzudos, muchas de ellas con el inmortal Steve Reeves. Las otras, de mugrientos vaqueros paseando sus figuras por las empedradas calles de algún pueblo del Oeste. El péplum, que le llaman, y el *spaghetti western*.

Siendo tan distintas, resultaba curiosa la fluida correspondencia que se establecía entre unas y otras. No solo porque tenían directores intercambiables, desde Sergio Leone hasta Giorgio Ferroni, sino porque los arquetipos mitológicos de la antigüedad clásica de aquellas parecían reencarnarse en la lacónica aspereza de los pistoleros a sueldo y cazadores de recompensas de estas. Todos esos personajes viajaban sin fin como Ulises, mostraban la cólera de Aquiles y se movían impulsados por los ancestrales resortes de la venganza. Todos, además, buscaban recuperar un territorio perdido. O el reino de Lidia usurpado por un tirano, o el pueblo de Dallas asolado por unos bandoleros.

Pero no solo eso. En unas como en las otras, el desaliño de sus puestas en escena las desmarcaba de sus parentelas acomodadas e ilustres del otro lado del Atlántico. Cualquier película de Maciste era a *Ben Hur* (1959), a *Espartaco* (1960) o a *Quo Vadis* (1951) lo que *Un dólar agujereado* a *Shane, el desconocido* (1953), a *Más corazón que odio* (1956) o a *Río Bravo* (1959). Es decir, su revés, su negativo, su remedo pobretón, pero dinámico y emprendedor. Además, las películas de forzudos eran de consumo sabatino o dominical y diurno. Las de vaqueros europeos eran

de sábado o de tardes en tiempos de vacaciones. Las de Hollywood, en cambio, eran estrenos importantes, de tres horas de duración o más. Para verlas en el Metro o en el Tacna. Tenían el olor y el sabor del gran acontecimiento.

En el péplum y en el wéstern, ambos al itálico modo, el pasado se representaba con signos escenográficos escuetos, referencias mínimas, decorados de cartón piedra exhibidos sin pudor. Como impúdico también era el frenético montaje de las secuencias de batallas de la Antigüedad, desafiante de las reglas de la continuidad espacial. La confusión y el frenesí se imponían en la extrema

fragmentación de imágenes de cuerpos, espadas, faldellines, rostros contraídos por el dolor, vientres segmentados, planos generales del combate y una sensación de refriega general en la que nadie sabía bien qué diablos pasaba ni en qué lugar se hallaba cada uno de los rivales. Secuencias equivalentes a aquellas con cambios bruscos de escala de los encuadres (del gran plano general al plano de detalle en un tris) y de los puntos de vista confusos en tantos wésterns de entonces, y no solo en los de Leone.

Así como compartían también la ampulosa y hasta operática utilización de la música de fondo y la aceleración y posterior relajamiento de los tiempos de la acción sin mayor justificación dramática, o de la divertida incorporación intertextual o transtextual de los códigos de otros géneros y otras cinematografías, como el “chambara”

o cine de espadas japonés (que también incorporó Hollywood), el de sables de tradición china y, claro, las historietas de superhéroes. Los héroes y semidioses del péplum estaban poseídos por una furia bruta, primitiva, destructiva y ajena a cualquier conflicto ético. Prefiguraban al Increíble Hulk encarnado por Mark Ruffalo en *Los vengadores* (2012).

Para no hablar de otras mezclas mayores, antecedentes del cine del *high concept*. Para decirlo como Phil Hardy: “James Bond más Hércules da *El hombre sin nombre*”. Pero Hardy se olvidó de anotar algo que hacía más apetecibles las películas de forzudos que las de vaqueros italianos, y que también compartían Hércules con James Bond: el gusto por las mujeres bellas y los *gadgets* en versión primitiva o natural. Valores agregados del péplum para los mirones que fuimos eran las pre-

sencias de las licenciosas, decadentes y escasamente vestidas reinas, princesas o esclavas llamadas Moira Orfei, Rossana Podestá, Liana Orfei, Helga Liné, Sylva Koscina, Scilla Gabel, Lea Massari, entre tantas otras que colmaron sueños y perturbaron despertares. Y si Bond tenía el Aston Martin en *Goldfinger* (1964) o el equipo que le permitía elevarse como un cohete en *Operación Trueno* (1965), Hércules y Maciste poseían lanzas de trayectorias infalibles y carros jalados por corceles de ensueño.

Hace un tiempo compré dos colecciones de DVD con decenas de títulos de péplums y de wésterns mediterráneos, todas de dominio público. Estaban con el formato alterado o dobladas al inglés. Apenas si les di un vistazo. Mejor así. Que queden en la memoria tal como lucían en los ya lejanos años sesenta. ■

► **Imágenes de *Ursus en el valle de los leones*.**

